



Historia de la Muerte

Por Teresa Pérez Landa

No desearíais ser yo. Toda historia comienza siempre cuando a alguien le sucede algo. Pero a veces las historias no tienen ni un principio ni un final. Mi historia es algo así. Por mí no pasa el tiempo. A mí no me sucede nada. Y sin embargo sin mí la vida no existiría. A veces hombre, a veces mujer; a veces compasiva, a veces

terrible, pero eso no es decisión mía; a veces llego muy tarde y a veces muy pronto, pero siempre llego cuando debo llegar, nunca faltó a una cita; a veces doy la mano a un rico y otras a un pobre. Todos me siguen, soy la barca de Caronte que lleva hasta la otra orilla. La muerte es así; en sí misma no tiene historia, porque tiene miles diluidas en ella, tantas como vidas a las que doy la mano. Veo los ojos de los rostros a los que miro, algunos translucen miedo, otros consuelo, pero a todos doy paz.

No desearíais ser yo. No puedo sentir. Si sintiera me destrozaría el dolor del mundo. Una vez un humano me vio en forma de mujer y se enamoró de mí. Me vio sin tener que verme, porque no era su hora, no estaba allí por él. Pero me vio. Me llamaba todas las noches para poder volver a ver mi rostro. No entiendo qué clase de belleza veía en mí, me miren como me miren solo soy huesos y una capa. No desearíais ser yo, ya os lo he dicho. Me anhelaba porque hablé con él el primer día y mis palabras no se borraban de su mente. Deseaba volver a escuchar mi voz. Deseó tanto que volviera a su lado que no tuve más remedio que acudir a su llamada. Seguía sin ser su hora. Y comenzó entre nosotros una relación peculiar. Yo tenía curiosidad, él un amor que desbordaba su pecho, le hacía sangrar a borbotones por dentro. Johann no estaba loco, sabía quién era yo, siempre lo supo, siempre le dije que no podría corresponder su amor.

Dábamos largos paseos hasta el cementerio, por entre las tumbas, mi espacio natural, hablando de cosas de las que jamás sospeché que hablaría con un humano. Fue una bonita época; hasta que él me compuso su “Adagio”. Cuando escuché aquellas notas por primera vez algo que entendí era cálido invadió cada uno de mis huesos. Sonreí. Me hice carne. Parecía humana, aunque no lo era. Sentí por primera vez en mi existencia. Sentí amor. Correspondí su locura con la mía. Y fui castigada por ello. Una sola noche de amor hizo que toda la ira del cosmos se derrumbara sobre mí. Volví a tener mi aspecto de hueso. Jamás volví a verle hasta el día en el que me tocó ofrecerle mi mano para cruzar al otro lado. Entonces fue cuando me confesó que a pesar de todo no había dejado de amarme

ni un solo día. Cogió mi mano y crucé con él al otro lado. Él siempre me esperaría, pero yo jamás podría estar con él. La muerte no puede sentir, porque cuando siente, todo se descoloca. Por eso no escucho, no veo, no hablo. Solo actúo. Ya os lo dije, no desearíais ser yo.